

LA FIDELIDAD EN LA CONTINUIDAD

E L 26 de junio de 1975, monseñor Escrivá de Balaguer cambiaba definitivamente la vida por la Vida.

Desde el 15 de septiembre de 1975, elegido por unanimidad, tomó posesión de su cargo el segundo presidente general del Opus Dei. Tarea ardua, porque supone cargar con un trabajo de Dios, que reclama la dedicación más fiel. Tarea fácil, porque el peso del Señor es suave, y el cumplimiento de esa labor resulta bien sucedero, al contar con la bendición del Cielo, con la intercesión segura del fundador, con ese cariño sobrenatural y humano —basado en la oración— que nos ha sido legado en la Obra como instrumento de unidad, y con la certeza de que Dios ha hecho la elección.

Mirad cómo se quieren, se decía de los primeros cristianos, de aquellos que tenían tan cercano el paso del Maestro por esta tierra nuestra. Y, sin presunciones, después de dos mil años, y de cuarenta y ocho de la fundación de la Obra, también en esta labor de almas se puede exclamar: **mirad cómo se quieren**. Se acercan al calor del Opus Dei, a esta familia de Dios, personas de todas las razas, con los caracteres más diversos, de las profesiones más distintas, con las ideas más diferentes, y se unen sólo en lo que manda nuestra fe y en la espiritualidad y modos apostólicos de la Obra de Dios.

Nos queremos y queremos a la gente de verdad, al compás de esa fidelidad de quien ahora nos dirige, con el único afán de continuar lealmente lo que nuestro fundador comenzó. Se ha renovado y se renueva en la vida de este nuevo padre —que vive meditado en nuestro Padre— aquel consejo a voces que con tanta dulzura y reciedumbre hemos escuchado de monseñor Escrivá de Balaguer: **¡que os queráis!** Era un grito paterno, que continúa teniendo un eco perfecto; y de este cariño, en sus múltiples manifestaciones, quisiera dejar ahora un breve testimonio escrito.

LA IMPORTANCIA DE LO CORRIENTE

Diciembre de 1950. Mientras terminaba una tarde romana, después de una jornada de trabajo, monseñor Escrivá de Balaguer se dirigió a un grupo de universitarios. Sus frases —meduradas por la ponderación del alma metida en Dios, y encendidas por la juventud de corazón que animó todo su quehacer— iban calando en los que le escuchábamos. Eran, como siempre, **confidencias de padre** al oído de cada uno, con el fin de movernos a una generosidad mayor, más decidida. Todavía me parece escuchar una de aquellas afirmaciones que me produjo la sensación de un nuevo mediterráneo, útil para todos los instantes y para todas las tareas, perfectamente valdadera para todas las personas que deseen aprovechar cumplidamente su vida.

CON aquella pedagogía tan suya, riquísima de contenido y muy gráfica en la expresión, se servía —al modo evangélico— de parábolas, de comparaciones, que llevaban nuestro pensamiento a la trascendencia inigualable de la vida cristiana, compuesta por ese conjunto de acciones que se engarzan en la normalidad de un día corriente. Y, puestos en la presencia de Dios, de ese Padre amoroso que nunca deja de mirarnos, de contemplarnos, el fundador



● **Monseñor Escrivá de Balaguer, un corazón que sabía amar**

Por Javier ECHEVARRIA
Secretario general del Opus Dei

del Opus Dei nos ayudaba a comprender el sentido de eternidad —y no hay contradicción— que se encierra en cada segundo, siempre que nos movamos cara a Dios, con El, por El y en El.

Llegaba muy lejos el padre, muy hondo en su exigencia, porque sabía que el Señor espera el corazón entero de sus hijos, también a través de cosas pequeñas, ocupaciones diarias que, en medio del farrago de la labor, parecen excesivamente minúsculas, de escasísimo valor. Nos instaba a que no despreciásemos, equivocadamente, esas aparentes nimiedades; y con su garbo tan peculiar, con la visión sobrenatural y humana que le caracterizaba, añadía: **me diréis que todos esos detalles son pequeñas pinceladas, sin categoría. Os contesto en seguida que las pequeñas pinceladas no carecen de importancia; fijaos que quinientas, mil... ¡bien trazadas!, hacen un cuadro, una obra de arte.**

NADA SE PIERDE

Estas palabras saben de riqueza divina, de ese tesoro que cuidadosamente administra el buen padre de familia; encierran la sabiduría que proviene de Aquel que no tiene posibilidad de error. Suenan al silbido del buen pastor que orienta su grey, que se acomoda a las circunstancias, a las distintas mentalidades, a niveles distintos de ilusiones o de preocupaciones.

Al leer aquellas palabras, al meditarlas,

se comprueba cómo brotan inmediatas, espontáneamente, innumerables consecuencias para nuestro personal comportamiento: luz que aquieta, que trae sosiego y felicidad al corazón y a la inteligencia; porque **todo** lo que hacemos las criaturas contiene un precioso valor, **nada se pierde** —le gustaba decir al Padre—, cuando actuamos con rectitud de intención, con caridad; disposiciones que caben siempre y acompañan —que deben acompañar— lo grande y lo pequeño de nuestro camino. Adquiere así nuestra existencia un relieve insospechado, y resultan mezquinas las valoraciones que con frecuencia se concede a cualquier trabajo, al juzgar sólo por lo que externamente brilla.

Merece la pena el intento de gastar nuestros años con generosidad, con el convencimiento de que esta vida nuestra nos ha sido entregada y confiada cara a la otra Vida, para que la administremos con responsabilidad. Las cosas, cuando nosotros pasemos, pasarán también, e incluso se desharán antes de que lleguemos al final. Si se compara nuestra conducta con ese más allá que nos espera, que no tiene fin ni en el tiempo ni en la felicidad— o en la desgracia—, inmediatamente nos percatamos de que el consejo de **aprovechar** todo es un esfuerzo que conviene prestar. Quizá encontremos, como una paradoja ante nuestra debilidad, grandes decisiones que afrontar, pasos duros: vale la pena cumplirlos.

EL Padre llamaba a su trabajo sacerdotal —que le absorbía el tiempo entero— **una catequesis**, y nada más que eso pretendía que fuera: predicación continua de Dios, de esa realidad de la vida de Dios en los hombres y de la vida de los hombres en Dios. Una catequesis para enseñar; y una catequesis que el Padre empleaba —demostrándolo con hechos— para aprender. Se servía de todas las circunstancias, de las más dispares, para hablar de Dios; aplicaba en primer término a su propia conducta esas mociones del Cielo o esas exigencias de nuestra fe, siempre actuales en el quehacer del cristiano. Por eso repetía incansablemente durante su ministerio de almas que **continuamente aprendía de los demás**. Las reacciones de los otros ante los requerimientos del Señor, constituían un motivo más para profundizar en su entrega.

Nuestro Señor había concedido al Padre ese **don de lenguas** tan necesario para anunciar y para comunicar las verdades divinas. Comenzaba por poseer esa preciosa cualidad de **saber escuchar**: de tal manera se identificaba con su interlocutor, que inmediatamente se metía en sus preocupaciones, en sus necesidades espirituales. Luego, las respuestas manifestaban su afán perenne de que en las almas se verificase el encuentro con Dios, a través de ese rastro divino que se esconde en lo que nos rodea, en lo que nos ocupa o en lo que nos inquieta. Por eso, y hablo de sucesos que con sorprendente paralelismo se han producido en los cinco Continentes, los consejos del Padre, siempre sacerdotales, causaban un eco vibrante entre las personas más distintas: en el público medic, en los más dotados, en los manos favorecidos.

PENETRABAN, herían suavemente a los encumbrados y a los abatidos, porque comprendían que sus destellos de fulgor o sus padecimientos son formas de la única misericordia de Dios, que pone sus reflejos en esas perfecciones, o que permite esas deficiencias con el fin de provocar un



Brasil, 1974. Monseñor Josemaría Escrivá de Balaguer besa al hijo de una de las alumnas del Centro Social Morro Velho de Sao Paulo.

sentido de filial agradecimiento, ya que a unos trata con suavidad al adornarles con esas buenas cualidades, y a los otros —quizá como a hijos mayores— les llena del mismo amor atrayéndolos a Sí con las privaciones que les aquejan de distintas maneras.

LA JUSTA DESIGUALDAD

Pocos meses antes de que el Señor le convocara a su definitiva presencia, estaba el Padre en Caracas. Durante una de aque-

llas tertulias de su última **correría apostólica** por tierra americana, le preguntaron cómo cabía conciliar la justicia de Dios con la patente desigualdad que se observa en sus criaturas.

Recogía la pregunta esa excusa, tan generalizada, en la que nos apoyamos todos para esquivar nuestra obligación o para justificar nuestras disparatadas reacciones, al amparo de que nos falta esto o aquello.

Comentó entonces el Padre que la justicia perfectísima de Dios se opera, con estricta equidad, precisamente a través de esas desigualdades. Y para hacerse entender, recurría a una comparación, de paso

que señalaba que era fácil —que no era difícil— comprender esa afirmación hasta desde el punto de vista humano. Si todos fuéramos rubios, de la misma altura; si todos contásemos con una inteligencia idéntica; si demostrásemos igual habilidad, ¡qué triste monotonía la de este mundo! Y si todos los países presentasen el mismo paisaje, el mismo ambiente, ¡qué cansancio hasta para los sentidos! Continuó insistiendo en la penosa situación que nos desolaría, si todos hubiésemos de ser medidos por el mismo rasero: ¿no nos rebelaríamos si todos hubiéramos de calzar con el mismo número, aunque la medida del pie fuera diferente? Dios, concluyó, en su infinito amor, nos ha creado diversos para que todos lleguemos a ser eternamente felices en su posesión, en un grado que saciará nuestros cuerpos y nuestras almas. Y, en este mundo, cada uno con su modo de ser, en las circunstancias que ha nacido, con las facultades recibidas... encuentra la ocasión de ayudar a otros, de amarles; o de sentirse amado, recibiendo el consuelo, la asistencia de los que nos rodean.

TEN ánimo, parece que nos repite la fe cristiana al hilo de estas consideraciones del Padre, que tus oscuridades —las tenemos todos— se enlazan con la luz de los otros, y tus luces con sus oscuridades, de paso que quedamos todos iluminados por la claridad de Dios, que nos gobierna con su providencia inefable, perfectamente justa con cada uno de sus hijos.

Me he apartado de la idea que me ha movido a escribir estas líneas. Me ilusiona detenerme en esa capacidad de querer del Padre, informada por la vocación que de Dios recibió, que ha enseñado a amar más a tantas almas, con el ansia de repartir calor divino y humano, **ahogando el mal en abundancia de bien.**

Confieso que la hondura del tema me sobrecoge, con la persuasión de que muy pobres se quedarán mis palabras. Ha sido entonces cuando han venido a mi cabeza aquellas exhortaciones del Padre, en Roma, y me he convencido de que serán pequeñas pinceladas, un esbozo, pero que no debo rehuir la obligación —para mí, millones de veces bendita— de comunicar esos dones de Dios que he vivido de cerca, al contemplar la tarea diaria del Padre, empeñado en responder al Señor con un sí continuo, con un sí completo.

ENAMORARSE DE DIOS

Como ocurre siempre que dejamos actuar a Dios en nuestra alma, Él entró con violencia en el corazón del Padre, y halló generosa cabida: una aceptación sin condiciones a los desgnios que el Cielo quisiera cumplir. Luchó desde entonces para mantenerse perseverantemente fiel y, en esa pelea, se fue dilatando su corazón —así obra el Señor en las almas—, con latidos divinos al ritmo humano, mientras adquiría la profundidad, la anchura, el calor y la caridad a la medida del Corazón de Cristo, que tanto pedía y ardientemente deseaba.

El Padre fue un sacerdote que sabía querer del todo, sin cortapisas. Tocado por la gracia divina, descubre esa deuda que grava sobre los hombres, sobre cada uno, con esa misericordia divina que se entrega para obtener, con nuestra salvación, el amor de sus criaturas. Medita, saborea esa donación del Dios hecho hombre, una donación sin límites por ser actuación de la misma infinitud, y el Padre deja ya correr su vida en hambre de correspondencia. Como contraste con ese pudor de no aparecer, de no figurar, de **ocultarse y desaparecer**, que informa toda su vida, no tiene, en cambio, recato alguno para proclamar a los cuatro



Catequisis del fundador del Opus Dei con un grupo de más de cinco mil personas en Caracas, en primavera de 1975, pocos meses antes de su fallecimiento.

vientos que está loco de amor por ese Dios nuestro, que con tanta intimidad nos ama.

A lo largo de sus años, con insistencia machacona, sin que sepa de rutinaria repetición, contempla continuamente ese derroche de impagable Amor divino, que se contenta con la correspondencia de nuestra poquedad. Y desde esta proyección considera que el enamoramiento nuestro del Señor —cada uno en el lugar en el que ha sido colocado por la Providencia—, aunque recoja todos nuestros sentidos y potencias, todo nuestro cuerpo y nuestra alma, siempre resulta un pequeño sacrificio, comparado con el holocausto de Dios, que se anonada en una sobreabundancia de amor.

Jamás terminará el Padre de asombrarse ante ese don generoso de la Trinidad. Y es que a una persona que mira limpiamente, con justeza, no le cabe en la mente que la Suma perfección, que de nada necesita, ande en amores con la miseria humana. Así se ve el Padre, poca cosa: no valgo nada, no tengo nada, no puedo nada, no sé nada, pero Tú me quieres, y sé también que lo que yo no consigo hacer, lo harás Tú, y me quedo tranquilo. Con este convencimiento reza, trabaja, descansa, en un intento constante de transformar todo su quehacer en cortejar, en rondar al Señor, de la mañana a la noche, y de la noche a la mañana.

El señor puso en el alma del Padre esa

noticia —comunicada por el Fundador del Opus Dei al mundo entero— de que, para relacionarnos con la Trinidad, no hemos de someter nuestra vida a una división, a una separación de lo que es para Dios y lo que es para nosotros. Todo lo nuestro le pertenece: también estas realidades que componen el marco de nuestra actividad familiar, social, profesional. Y ese mensaje lanza el Padre a la humanidad: que Dios está siempre con cada uno, que El no se aparta, y que tampoco nosotros debemos apartarnos de El. Más aún, si caminamos en su compañía, lo arduo resultará fácil; la tristeza será alegría; el cansancio se demostrará refrigerio, y en todo encontraremos la paz.

EL EJERCICIO DEL AMOR

No me puedo detener en la exposición del grado heroico con que el Padre vivió la caridad, ya que requeriría mucho espacio, aunque se hiciera a grandes rasgos. Pero intentaré hacer escuchar algo del pulso de su conversación con Dios, para que aprendamos a aprovechar esas mismas circunstancias, que se renuevan con igual ritmo en la vida de todos.

De esa finura con que el Padre enseñaba a meterse en la intimidad de Dios, recuerdo una anécdota que me sucedió en Roma. Eran

mis primeros días en esa ciudad y, quizá por mi juventud, cerraba las puertas con poco cuidado, con menos suavidad de lo que debe ser normal. Poco tiempo pasó hasta que el Padre, con claridad y con inmenso cariño, me dijo: «Si te esfuerzas en decir una jaculatoria cada vez que cierras una puerta, no darás esos golpes, no se estropearán los materiales», y añadió, sonriendo: «los demás viviremos con más paz. Pon amor también en eso, que es caridad con Dios y con los que conviven contigo».

CONOCIO el Padre el rigor de la lucha personal para acercarse con intimidad al Señor, en batalla con las pasiones que nos arrastran hacia abajo. Y necesita hablar de lealtad, la correspondencia enteriza, también cuando cuesta avanzar, adelantar un solo paso. Nos movemos en la presencia de Dios. Hemos de vivir una fidelidad continua, también cuando debemos caminar a contrapelo. El nos mira constantemente, y ve nuestros deseos, scrutans corda: nada de nuestra vida —¡asi de grande es su predilección!— le resulta indiferente. Por eso os digo en tantas ocasiones que le entreguéis el corazón entero, como justa correspondencia a sus deseos.

No escondía sus esfuerzos por hacer de su jornada un requiebro continuado al Señor. Me viene a la memoria aquella ocasión en la que el Padre, aquejado entonces por una fuerte diabetes de la que se curó en 1954, me comentaba al punto de la mañana: «Estoy muy cansado, y sé que esta tarde no me tendré en pie. Desde ahora le ofrezco mi torpeza de esos momentos, y le digo al Señor —quizá ni siquiera tenga fuerzas entonces para esto— que le entregue mi debilidad física, y que mi agotamiento lo transforme en oración. Deseo aprovecharlo bien, pero si yo no puedo, que El reciba mi enfermedad como oración».

Dios es el Amor nuestro, y por nosotros ha ido a la Cruz. Amparado en la fortaleza de una oblación tan completa, afronta el Padre su trabajo, con la firme persuasión de que tanto bien recibido no se puede pagar con nada de este mundo: Se paga, en buen juego de amor, con la vida. Se acoge a la actuación continua de la Redención que, abarcando nuestra completa existencia —sin excluir nada—, se hace eficaz cuando personalmente nosotros la aceptamos. Comprende el Padre que todo lo que sucede es ocasión de entrar en diálogo con el Cielo, y



Mons. Escrivá de Balaguer y D. Alvaro del Portillo, en un acto académico en la Universidad de Navarra.



En 1970 Mons. Escrivá de Balaguer permaneció un mes en Méjico. En la foto aparece conversando con un grupo de campesinos del Estado de Jaltepec.

así no nos extrañará oír con frecuencia de sus labios aquella terminante afirmación: ¡Yo no me he aburrido nunca! En el fondo de mi alma, sé que está Dios esperándome, sin cansarse. Pienso que los que se aburren en esta vida es que no entienden de amor.

CON los ojos de una fe vivida, no se requiere dar espacio a la fantasía para descubrir esa conversación ininterrumpida que va desde la Trinidad a los hombres, y que el fundador del Opus Dei atiende con solicitud. No se escapará de su boca una burla, una broma, por esos comportamientos limpios de los enamorados de la tierra. Y, en su predicación, descenderá a esos detalles, tan humanos, del muchacho que espera horas y horas con ansia, por ver a la persona que quiere. También se preguntará; ¿se aburren los enamorados?; y entiendo la novedad de cada encuentro, los matices tan distintos de cariño que se manifiestan quizá diariamente con las mismas palabras. Así de prendado vive el Padre del Señor, en esa cita nueva que se cumple en cada instante.

Por eso insistió en la necesidad y en la importancia de aprovechar los grandes y los pequeños trabajos de todas las jornadas, bañadas por ese afán de saborear ese gusto nuevo —¡siempre nuevo!— del Amor de Dios. Y lleva esas hambres de unión con el Señor, hasta el cuidado primoroso en los detalles materiales de la urbanidad con Dios: una persona que no sepa dar categoría a una inclinación de cabeza, a un beso al altar, a una genuflexión, no tiene corazón, no sabe amar y, además, no tiene educación: ¡es falta de fe y es falta de amor! Pueden sonar duras estas palabras y, sin embargo, si las meditamos, encontraremos su perfecta coincidencia con el apretón de manos cordial, con la mirada de comprensión, con el abrazo, con tantos gestos que jamás son rituales formularios entre las personas que se aprecian: nadie se atreverá a negar que encierran la expresión de un afecto sincero, encendido, delicado y comprensivo.

SIEMPRE ha sido el trato el medio habitual para aumentar el cariño, que se demuestra verdadero cuando se procede a arrancar con decisión lo que supone un obstáculo.

Con palabras que nacen de su experiencia, el Padre dirá que el amor es valiente, sabe quitar lo que estorba, aunque deba sufrir;

sabe dar la vida, precisamente para coincidir más con la persona que quiere, superando las distancias que el egoísmo provoca. El Señor está siempre dispuesto a entregarse..., pero ¿le hemos dado nuestro corazón entero, o seguimos apegados a nosotros mismos, a nuestros intereses personales, a nuestra comodidad, a nuestra vanidad?

En lo humano, cuando dos corazones coinciden, todo converge para ellos hacia esa unidad; y hasta las mayores exigencias, esas renunciaciones que jamás se había pensado en poner por obra porque —pensábamos— son parte esencial de mi carácter, se transforman en entregas, en pasos de gigante avanzados voluntariamente, que se afrontan con



Mons. Escrivá de Balaguer, fundador y primer presidente general del Opus Dei, con D. Alvaro del Portillo, actual presidente general de la Asociación.

naturalidad y con determinación; sin conceder el menor peso a lo que antes parecían desprendimientos imposibles.

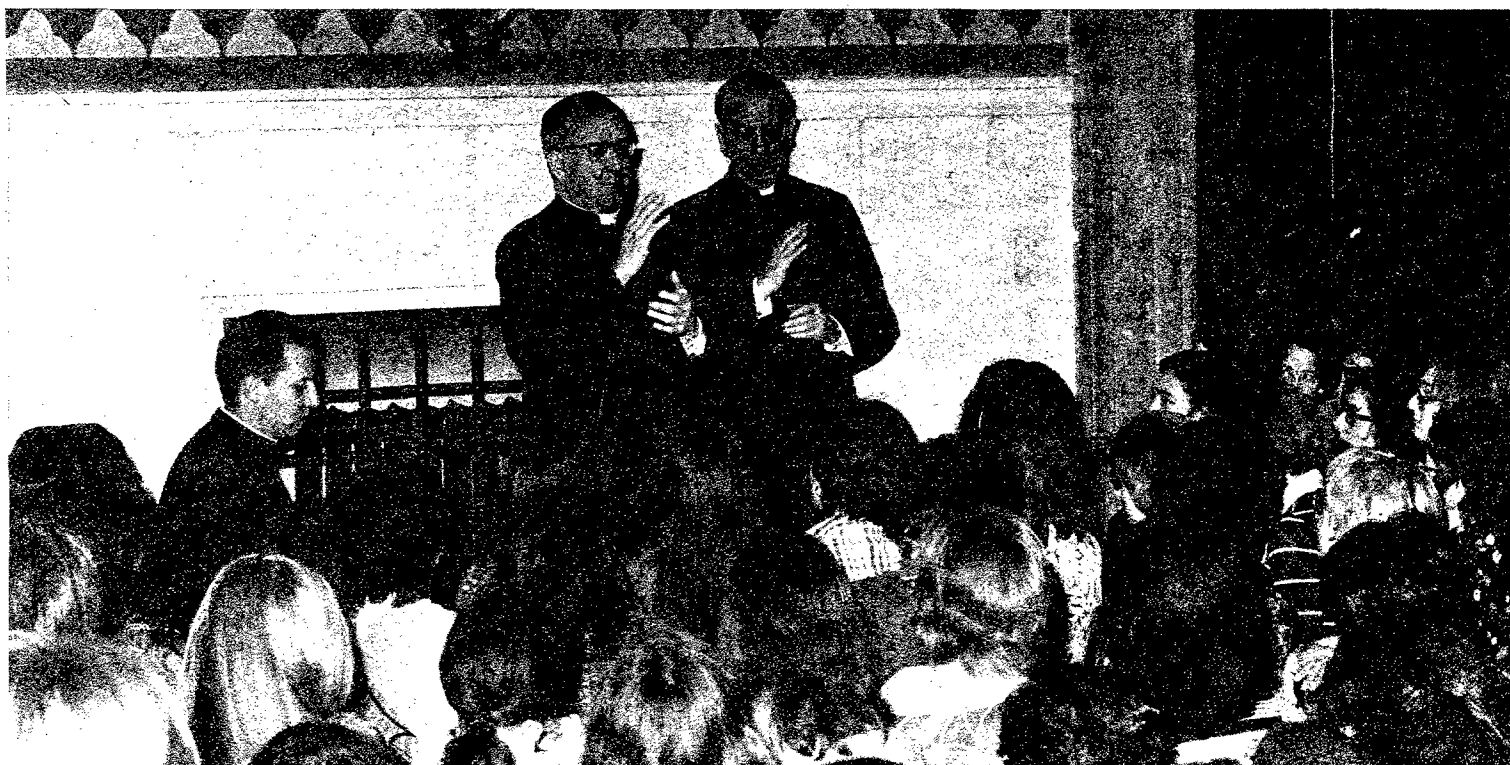
El Padre conoce perfectamente que la verdadera eficacia de la labor —la eficacia sobrenatural y humana— brota de la cercanía que vivamos con el Señor: es esta identificación la clave del arco que sostiene las almas de los hijos de Dios y sus actuaciones. Hemos de estar dispuestos, exigirá, a gastar la vida por lo que Dios nos pida. Se requiere la firme voluntad —el amor con obras— de no quedarse en regateos, de no buscarse subterfugios: el Amor, o se posee por entero, o deja gusto de amargura y rejalar cuando se acepta a medias. Por eso, con absoluta convicción señala: no basta haber dicho una vez que sí al Señor; hay que decirse lo en cada instante.

LOS BUENOS INTERMEDIARIOS

Si de veras nos interesa hacernos con la amistad del Señor —y nos interesa—, resulta perfectamente lógico que cultivemos el trato, que acudamos a la intercesión y al ejemplo de los que han vivido y viven más cerca de El. De este modo, nuestro aprendizaje será más rápido, y discurrirá por los cauces que más complacen a nuestro Dueño. Eran consejos del Padre que, enamorado de las respuestas que la Virgen y San José dieron al Señor, se acerca con ilusión a esas vidas.

Sólo indicaré aquí, con la enorme fuerza que demuestran, dos consideraciones, entre millares, acerca de esa intimidad que le unía con estas dos criaturas excelsas, y que procuraba acrecentar en su alma.

Al referirse a la Virgen Santísima, para que apreciásemos la inmensidad de su omnipotencia suplicante, el poder de la Madre de Dios y Madre nuestra —como le gustaba llamarle—, así contestó, brevemente, a una pregunta: era el único tesoro que Jesús tenía en la tierra, y nos la entregó por Madre. Nos trasladamos al Gólgota, a aquella escena del Calvario en la que se manifiesta con toda su evidencia el Amor de Jesucristo que —cargado con todos los pecados de la Humanidad— afronta la muerte más ignominiosa. Está Cristo —lo dice El— abandonado de su Padre y abandonado de los hombres. Rompe esa tremenda soledad única.



Mons. Escrivá de Balaguer se solía dirigir a D. Alvaro del Portillo desde hace varios años, diciéndole: «Alvaro, tú que me has ayudado tanto, ayúdame también a dar la bendición». A la izquierda de la fotografía aparece, arrodillado, don Javier Echevarría, actual secretario General del Opus Dei y autor de este artículo.

mente el amor de la Virgen: y de ese único apoyo, de ese último y maravilloso consuelo también se desprende el Señor. Con esa frase tan breve, el Padre nos hacía notar cómo Dios vincula con nosotros a su Madre: la Virgen aceptó el encargo, para que sepamos que contamos con el único sostén que a Cristo le quedaba en la tierra; y para que, viéndonos hijos de la misma Madre —El y nosotros—, nos decidamos a querer con el Amor que Ella dio siempre a Dios.

SE fija el Padre en San José, y lo mira y admira en su tarea —hombre como nosotros— de cuidar a Dios fielmente, con su trabajo y con su mayor afecto. Escuchemos despacio estas palabras: **San José, nuestro Padre y Señor, debía ser un hombre muy seguro en todos los terrenos, porque Dios lo escogió para que fuera custodio de Jesús y de su Madre; para que enseñara a trabajar al Mesías, en aquellos años de la vida oculta; para que con su oficio sustentase a la Sagrada Familia; para que cuidara materialmente de Jesús, y para que le llenara de cariño. Nosotros, como somos hombres, no tenemos más remedio que reaccionar a lo humano, con sentido sobrenatural; haced con Dios lo que haríais con la persona que más quisiérais en la tierra.** A las muchas sugerencias que a cada uno se nos ocurrirán, sólo añado que a Dios podemos quererle siempre.

Vuelca el Padre su amor en el Vicario de Cristo, Cabeza visible en la tierra del Cuerpo Místico, la Iglesia. Desde muy joven, acostumbraba a trasladarse con la mente a la Sede de Pedro, y reza —así rezará siempre— con el convencimiento de que su adoración a Dios es el mejor modo de contribuir a la ingente labor que ocupa al Santo Padre. Este amor lo aprovechará como medio de presencia de Dios, para mantenerse alerta en su servicio a la Iglesia. Apenas fallecido Pío XII, nos explicaba. **Cuántas veces me habéis oído decir: Yo daría mi vida por el Papa, sea quien sea, y os lo decía como una necesidad de mi alma, para concretar más mi fe, para aumentar y demostrar mi amor a la Sede de Pedro. Por eso, todo lo que queráis al Papa —sea quien sea—, me parece poco. Amad de todo corazón al Romano Pontífice. Buscad la presencia de Dios en el día de hoy, pidiendo por el futu-**

ro Santo Padre. Y en otra ocasión nos decía: El Señor ha puesto en la vocación al Opus Dei un amor inmenso a la Santa Iglesia. Todos los días, en nuestra oración, se ha de elevar una petición sincera y fuerte por la Iglesia universal: ¡que sea realidad que sufrimos, con la Iglesia, que amamos con la Iglesia, que nos preocupamos —mejor, que nos ocupamos— de la Iglesia!

SACERDOTE PARA TODAS LAS ALMAS

Continúa el Padre su ejercicio de amor, poniéndose a disposición de las almas todas. No esconde el orgullo santo de su paternidad espiritual, y predica a grandes voces ese cariño inmenso por sus hijas y por sus hijos: **estoy agradecido, muy agradecido, a mis hijos, ¡a todos!, desde el primero hasta el último. Yo vivo de vuestra entrega; por eso, cuando os pido insistentemente que seáis piadosos, lo hago porque tengo experiencia de la ayuda tan estupenda que prestáis a todos; y hablo con motivo: yo siento vuestro empuje, y me sirve para ser fiel.** No es pasión la suya: es el resultado lógico de esa inclinación que el Creador ha puesto en la naturaleza: que un padre quiera a sus hijos es lo normal; que los quiera con sus defectos, mientras les presta la ayuda necesaria para que los corrijan; y, cuando no se pueden corregir, siempre que no sean ofensa de Dios, esos defectos serán motivo para dedicarles más atención, más afecto, para cubrirlos con la capa de la paternidad. Nada más monstruoso que un padre —que un hombre— que no entienda ese cariño.

HE pasado muchos años junto al Padre, y me conmueve aquella decisión de no hacer ostentación de su piedad: era algo de esa intimidad suya con Dios, que sólo a los dos pertenecía, y que no dejaba que se desparramase inútilmente. Pero tampoco la ocultaba. Corría a la par que su vida, y la cuidaba mientras rezaba, mientras trabajaba, mientras hablaba con sus hijas y sus hijos, o con personas conocidas y desconocidas. Así se explica

el secreto de su garra sobrenatural y humana, su intensa fuerza de persuasión; se entiende su arrojo ante las dificultades —¡y hubo tantas en su vida!—; se comprende su alegría frente a la vida, contando con las penas; y se encuadra perfectamente su manera tan inmensa de querer. ¡Qué bien y cuánto supo amar el Padre!, desde esa entrega total a Dios, que se une a su sacerdotal preocupación por las almas; a los detalles paternos, de familia, interesándose por todos sus hijos, y que exterioriza con los que tiene cerca: cuántas veces me habrá preguntado, ¿cómo va el pequeño?, interesado por un sobrino mío enfermo. Y todo, con la naturalidad de un corazón, que para latir debe amar.

Le preocupan las almas todas. Y enciende su oración también por aquellos que se han acercado a la Obra con motivos menos rectos, para causar daño. Por ellos pedía diariamente, con amor heroico, con las mismas plegarias que eleva al Cielo por sus padres: **todos los días rezo, en la Santa Misa, por la Iglesia, por el Papa, por la Obra, por las almas todas, por mis hijas y mis hijos, por los padres de mis hijos y por mis padres y hermanos.** Y en seguida, con un rasgo de humor que desvía cualquier agradecimiento a su persona, añade: **parece un trabalenguas, pero me sale muy bien, porque lo repito todas las mañanas.**

TAMBIEN cuando alguno le habla de enemigos, con naturalidad contesta **que no tiene enemigos**, porque nunca se ha considerado **antinadie**. Y así resume ese pensamiento: **yo no he tenido que aprender a perdonar, porque el Señor me ha enseñado a querer.**

Estos son destellos de la herencia que nos ha dejado nuestro fundador. Se continúa viviendo íntegra, porque ha recogido su relieve quien ha aprendido tan directamente de su vida, mientras le daba su apoyo, y los demás no podíamos, no sabíamos, o no estábamos enterados de que nuestro padre tenía que gastarse con más amor, con más sacrificio, para vencer las dificultades que presentaba esta tarea divina, y que el fundador del Opus Dei veía como pruebas del amor que Dios le daba.

J. E.